



Introducción: Las marcas territoriales como nexo entre pasado y presente¹

Elizabeth Jelin y Victoria Langland

Este libro elige tomar las marcas territoriales, los espacios físicos y los lugares públicos como puntos de entrada para analizar las luchas por las memorias y los sentidos sociales del pasado reciente de represión política y terrorismo de estado en el Cono Sur de América Latina, y desde esos casos contribuir a la reflexión más general sobre las memorias territorializadas. De manera análoga a las fechas de conmemoración (Jelin, comp., 2002), los registros y archivos de la represión y la resistencia (Da Silva Catela y Jelin, comps., 2002), y otros espacios tales como el sistema educativo –para no mencionar los espacios más claramente institucionales-políticos como la legislación y la justicia-, los procesos de marcación pública de espacios territoriales han sido escenarios donde se han desplegado, a lo largo de la historia, las más diversas demandas y conflictos.

En efecto, el territorio (y sus límites) ha sido y es una de las manifestaciones de la soberanía estatal, y de ahí la larga historia de guerras y conflictos para marcar fronteras. Es y ha sido también el punto de identificación y reclamo de las luchas de los pueblos originarios. Siempre, estas luchas territoriales han estado sentidas y justificadas en términos de derechos de “propiedad” anclados en memorias del pasado, en reclamos ancestrales y en esfuerzos por recrear y traer al presente memorias e identidades referidas a un pasado colectivo, sea histórico o mítico.

El foco de este libro es mucho más acotado y restringido: la investigación y el análisis se centran en espacios físicos más reducidos que el territorio nacional o comunal. Son marcas físicas y territorios en espacios vividos y transitados

¹ Texto originalmente publicado en Elizabeth Jelin y Victoria Langland (2003), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales* (pp. 1-18). Madrid: Siglo XXI.

cotidianamente –un edificio, una placa, un memorial o un monumento. Y el objeto de la lucha y la memoria está ligado a un pasado reciente doloroso y vergonzoso, más que a los intentos monumentalistas heroicos de los períodos históricos de construcción de la nación moderna o de la “historia oficial” (Gillis, 1994; Nora (dir.), 1984-1992). El tema de análisis está focalizado en los procesos políticos ligados a marcar los espacios donde ocurrió la violencia estatal en las dictaduras, y en los intentos de construir memoriales y monumentos que recuerden y homenajeen a sus víctimas.

Sabemos que la representación del horror y del trauma no es lineal y sencilla. La re-presentación supone la existencia de un algo anterior y externo (la “presentación” inicial) que será “re”-presentado. ¿Cómo representar entonces los huecos, lo indecible, lo que ya no está?² ¿Cómo representar a los desaparecidos? Si hablar y decir es difícil, los emprendimientos que intentan marcar el espacio físico parecen ser al mismo tiempo más fáciles y más complejos. Más fáciles porque en muchos casos hay rastros, ruinas y restos; hay una materialidad que puede hablar por si misma. Más difíciles porque no se trata de marcas personales o grupales, significativas para alguien en particular, con sentido privado o íntimo. Más bien, nos referimos a espacios físicos públicos, reconocidos por el estado y la autoridad legítima, lo cual implica procesos de lucha política por parte de quienes llevan adelante las iniciativas. Implica también luchas acerca de los criterios estéticos para lo que se va a construir o preservar. ¿Existe una estética más “apropiada” que otras para representar el horror? ¿Quiénes serán los que van a decidir las maneras de hacerlo? Los mensajes y objetivos de este proceso pueden ser muy claros y explícitos –anclados en una estética figurativa, realista, descriptiva o literal.

² Este tema ha sido trabajado especialmente en lo referente al testimonio y la posibilidad de hablar. La posibilidad de testimoniar cuando se ha vivido lo “invivable” y lo “indecible” ha sido un tema trabajado especialmente por sobrevivientes de campos de concentración nazis, incluyendo los grandes escritores como Primo Levi. Levi habla del “deber” de testimoniar

Alternativamente, pueden estar formulados de manera más ambigua, dejando abierta desde el proyecto mismo la inevitable subjetividad de la interpretación de quien “recibirá” el mensaje o visitará el lugar. Siempre, inevitablemente, el paso del tiempo, la presencia de nuevos sujetos y la redefinición de escenarios y marcos interpretativos traerán nuevos sentidos –a veces inclusive contrarios a los originarios. Otras veces, la indiferencia será el destino de esa marca, a veces tan laboriosamente conseguida (sobre los distintos sentidos de los monumentos, Young, 2000). Estas y otras preguntas intrigantes son las que los autores recorren e intentan encarar en los capítulos de este libro.

Un primer eje analítico que atraviesa el tema hace referencia al proceso en que un espacio físico adquiere y reafirma sentidos. En otras palabras, cuando en un sitio acontecen eventos importantes, lo que antes era un mero “espacio” físico o geográfico se transforma en un “lugar” con significados particulares, cargado de sentidos y sentimientos para los sujetos que lo vivieron. Esto ocurre sin duda en el plano personal (lugares cargados de sentidos porque traen memorias de lo vivido en ellos), que cobran nuevos y complejos sentidos cuando lo que se recuerda no es sólo lo vivido sino también las memorias posteriores a lo vivido –“una memoria de una memoria”, como dice Passerini (1992). Lo que interesa aquí, sin embargo, no son exclusivamente esas memorias individuales o aun intersubjetivas ancladas en espacios físicos vividos y transitados, sino los lugares que son significativos para una colectividad, con valor simbólico y político que se expresa en rituales colectivos de conmemoración, y que reciben su reconocimiento legítimo por la sanción aprobatoria del Estado.

Sitios, lugares, espacios, marcas, son las palabras en juego. Más aun, lo que intentamos comprender no es solamente la multiplicidad de sentidos que diversos actores otorgan a espacios físicos en función de sus memorias, sino los procesos

cuando las verdaderas víctimas no tiene voz para hablar por si mismas (Levi, 1989; también

sociales y políticos a través de los cuales estos actores (o sus antecesores) inscribieron los sentidos en esos espacios –o sea, los procesos que llevan a que un “espacio” se convierta en un “lugar”. Construir monumentos, marcar espacios, respetar y conservar ruinas, son procesos que se desarrollan en el tiempo, que implican luchas sociales, y que producen (o fracasan en producir) esta semantización de los espacios materiales.

Este otorgamiento o transformación de sentido nunca es automática o producto del azar, sino de la agencia y la voluntad humana. Los procesos sociales involucrados en “marcar” espacios implican siempre la presencia de “emprendedores de memoria”, de sujetos activos en un escenario político del presente, que ligan en su accionar el pasado (rendir homenaje a víctimas) y el futuro (transmitir mensajes a las “nuevas generaciones”) (Jelin, 2002). En el nivel más básico, la instalación de placas conmemorativas o la construcción de monumentos sólo pueden ser el resultado de la acción de grupos humanos. Por lo tanto, en el proceso de analizar estos pasajes de un “espacio” a un “lugar” (histórica y socialmente anclado) nos encontramos con otro eje analítico, que implica el reconocimiento de la diferencia entre el “lugar físico” y el “lugar de enunciación”, o sea, la ubicación social del sujeto que otorga sentido e incorpora en su memoria a ese espacio, o mejor dicho ese lugar -los emprendedores que promueven la marca y quienes, después, le otorgan su propio sentido.

La centralidad del lugar de enunciación y la consideración de quién y en qué escenario y contexto da sentido al lugar resulta de reconocer que, aun cuando los promotores y emprendedores traten por todos sus medios de imponerlos, los sentidos nunca están cristalizados o inscriptos en la piedra del monumento o en el texto grabado en la placa. Como “vehículo de memoria”, la marca territorial no es más que un soporte, lleno de ambigüedades, para el trabajo subjetivo y para la

acción colectiva, política y simbólica, de actores específicos en escenarios y coyunturas dadas. Todos los capítulos de este libro dan cuenta de casos específicos en que esta activación de la memoria es producida.

A su vez, como esta activación ocurre en escenarios de confrontación y debate con otras interpretaciones y otros sentidos, se hace necesario trabajar no solamente sobre los éxitos –los casos en que un grupo (o grupos) logró marcar un espacio con un cierto conjunto de significaciones que han perdurado en el tiempo– sino también sobre los fracasos –los casos en que un grupo humano pierde “la batalla por la marca”, sea por las contra-marcas de otros grupos o por el rechazo de la legitimidad de la demanda por parte del Estado.

Aunque usamos el lenguaje de “éxito” y “fracaso” deliberadamente, para así poner el énfasis en la *intencionalidad* narrativa de los esfuerzos por marcar espacios con memoria, sabemos que no es posible dicotomizar tan fácilmente la evaluación de este tipo de proyectos. Dada la historicidad de estos procesos, lo que puede ser vivido como “éxito” o “fracaso” en un momento llevará a cambios de sentido en momentos futuros, dependiendo de las interpretaciones que las generaciones futuras darán a lo que se está conmemorando, al sentido que adquiere el lugar para otros proyectos, incluyendo la posibilidad de indiferencia u olvido. En efecto, tanto los acontecimientos y actores que se propone recordar como los lugares específicos están inscriptos en un devenir histórico-temporal, y cambian su sentido en distintos contextos políticos y sociales.³ Hubo un “antes” de la marca territorial, y

³ Así, los periódicos de todo el mundo reportan movimientos y demandas de cambios en los “monumentos nacionales” existentes, debido a los cambios en la interpretación del pasado y a la incorporación de nuevos actores con voz en la esfera pública. Para dar solamente algunos ejemplos recientes, hay demandas en Estados Unidos por eliminar las estatuas a los militares vencedores de sus guerras con México que resultó en la incorporación de un vasto territorio (y su población), y hay demandas de eliminar las estatuas al General Roca (vencedor de las campañas en contra de los indígenas de la zona) en el sur de Argentina. Sturken (1997) analiza los conflictos ligados al Memorial de Vietnam en Washington, que llevaron a la construcción de estatuas adicionales en respuesta a demandas específicas de categorías sociales que no se sintieron representadas en el Memorial original. En Europa del Este, la destrucción de estatuas de héroes del pasado acompañó los procesos de cambio de régimen político.

habrá un “después”.

Muchas veces, lo que se intenta construir no es algo nuevo, sino que se agrega una nueva capa de sentido a un lugar que ya está cargado de historia, de memorias, de significados públicos y de sentimientos privados. Generalmente, no hay un proyecto de rememoración explícitamente formulado, sino que el devenir de la acción humana incorpora nuevos rituales y nuevos significados al ya cargado “lugar”.

La Plaza de Mayo

En la actualidad, la Plaza de Mayo del centro de Buenos Aires es, para muchos, “La Plaza de las Madres”. Cada jueves por la tarde, las Madres de Plaza de Mayo –movimiento de madres de detenidos-desaparecidos durante la dictadura militar 1976-1983- hacen su “marcha”, caminando alrededor de la Pirámide de Mayo. La Pirámide fue construida hacia 1860 como monumento conmemorativo de la libertad e independencia de 1810, año en que en ese mismo lugar, con una manifestación de ciudadanos reclamando que “el pueblo quiere saber de qué se trata” frente al Cabildo colonial, se inició el proceso de construcción de la Argentina como país independiente de la corona española.

Desde aquel momento fundacional, la Plaza ha sido el escenario y el símbolo de las ceremonias del poder –la corta y solemne caminata entre la Casa de Gobierno y la Catedral acompañó festejos patrios e investiduras de autoridades. También, y esto especialmente a partir de la histórica Plaza Peronista del 17 de octubre de 1945, allí se estableció el espacio físico y simbólico donde se escenifica la relación entre las autoridades nacionales y las fuerzas populares. Perón hablando desde los balcones de la Casa de Gobierno, manifestaciones obreras reclamando y demandando, celebraciones de victorias electorales, conmemoraciones de todo tipo –toda la historia política del país puede leerse desde el embaldosado de sus senderos y el verde de sus canteros.

En abril de 1977, allí se encontraron un pequeño grupo de señoras que iban de lugar en lugar tratando de averiguar el paradero de sus hijas e hijos, presumiblemente secuestrados por las fuerzas militares. Allí comenzaron a reunirse y a hacer su “marcha”,⁴ en silencio –a diferencia de las plazas “peronistas” llenas de bombos y slogans, y de las plazas “oficiales” con discursos desde el balcón o, más recientemente, las plazas de la protesta social en contra de la política económica gubernamental, de desocupados y excluidos, de demandas cívicas por la inclusión.

Cada jueves, cada fecha de conmemoración ligada a la dictadura militar como los 24 de marzo (Lorenz, 2002), cada vigilia de 24 horas a comienzos de diciembre – la Marcha de la Resistencia conmemorando el Día Internacional de los Derechos

⁴ Cuentan las Madres que caminar alrededor de la Pirámide fue el resultado de una orden policial, “Circulen!” cuando se iban reuniendo en la Plaza. Sin embargo, prefieren decir “marcha” y no “ronda” a ese recorrido alrededor de la pirámide, porque “la ronda es sobre lo mismo, pero marchar es marchar hacia algo...” (Memoria Abierta, 2002).

Humanos— la Plaza de Mayo es apropiada por las memorias y el repudio de la dictadura, y sus sentidos se actualizan y combinan con las demandas sociales de cada momento. Esta presencia está inscrita “en la piedra”, ya que alguien, en algún momento, pintó pañuelos blancos, símbolo de las Madres, en el piso, alrededor de la Pirámide.⁵

Así, coexisten en la Plaza capas y niveles de historia y de sentidos del pasado, “un significante –ciertamente no arbitrario— que fue acumulando una pluralidad de significados” (Sigal, 1999: 365).

Otras veces, se trata de proyectos con intencionalidad, donde los emprendedores ponen su energía en lograr establecer la materialidad de un monumento, una placa o un nombre, con un sentido relativamente unívoco y claro del pasado que quieren conmemorar. Este sentido, sin embargo, puede no corresponder necesariamente a la memoria de quienes fueron los actores y participantes del acontecimiento a recordar, sino al escenario político y el marco interpretativo presente del momento del proyecto de conmemoración. Los actores del ahora pueden ser algunos de los protagonistas de entonces, pero como muestra Hite en su análisis del debate chileno sobre la construcción del monumento a Salvador Allende, sus posturas políticas e interpretaciones del pasado han cambiado. Por lo cual aun la presencia física de actores portadores de una historia no garantiza que sigan promoviendo los mismos proyectos y valores de entonces -a veces pueden ser inclusive anacrónicos; otras reflejan cambios de postura o aun una renegación de su pasado.

El proyecto de conmemoración del pasado en sus marcas territoriales puede también ser de actores de otra generación, con otro proyecto. La apropiación de la memoria del edificio de la Unión Nacional de Estudiantes en Río de Janeiro por parte del liderazgo estudiantil en la época de la “apertura”, que analiza Langland en este

⁵ Es difícil determinar con precisión el origen de estos pañuelos. A partir de la transición (1983) era costumbre pintar, en días de manifestación y marchas, consignas tales como “Aparición con vida”, o “cárcel a los genocidas” en calles y veredas. También en esa época empezaron a ser pintados los pañuelos. La pintura cuidadosa de los pañuelos alrededor de la

volumen, se hizo poniendo el énfasis sobre una parte de la historia (en realidad, la lucha antidictatorial en el período 1964-1968, cuando el edificio ya había sido incendiado), silenciando u olvidando los proyectos y propuestas del período anterior. El mismo edificio y el mismo lugar, en este caso, cobra sentidos diferentes, y remite a memorias de períodos diferentes de una misma historia.

El debate estético es, como ya se ha dicho, parte constitutiva de los proyectos de marcas, monumentos y memoriales. En este debate se juega la cuestión representacional (si la representación del horror sólo puede hacerse en una estética realista, si hay géneros más “apropiados” que otros, y quién tiene el poder para dictaminar), el debate entre lo representacional y lo performativo (Van Alphen, 1997) y las expectativas acerca de la participación de la sociedad en ese espacio público (Young, 2000).

Si bien el monumentalismo realista de los héroes nacionales ha ido dejando su lugar a formas de representación más diversas, el tema de la “literalidad” está muy presente en este campo, y a menudo hay luchas por el poder “estético” entre emprendedores de los proyectos (por lo general, víctimas, sobrevivientes y actores del movimiento de derechos humanos), los expertos (curadores, artistas, museólogos, etc.) y la acción gubernamental. Sin embargo, aun cuando el monumento “realista” intenta cristalizar en la piedra y en la inscripción el sentido que sus constructores le quieren dar, naturalizando la narrativa que intentan transmitir, está claro que esta ilusión no se mantiene en el tiempo, ya que la subjetividad de quien se encuentra con esas piedras le dará sus propias interpretaciones y sentidos. La cuestión estética de esta época es, entonces, cómo incorporar en el diseño de la marca territorial esa misma posibilidad de reinenciones de sentido, la ambigüedad que invita al trabajo activo de la memoria y la sensibilidad de quien se acerca a él.

Las cuestiones estéticas en los debates sobre las marcas territoriales

pirámide –y la renovación y mantenimiento de esa pintura— sin embargo, es una tarea más

aparecen en varios de los trabajos incluidos (Brito, Lazzara, Hite, Valdez). Y es que, como señala Young al referirse a la corriente “contramonumento” en Alemania contemporánea,⁶

Aun cuando los monumentos continúan siendo encargados y diseñados por gobiernos y agencias de publicidad ansiosos por asignar un significado particular a ciertos hechos e individuos complejos, los artistas siembran en ellos cada vez más semillas de perplejidad e inconstancia. Se admite la necesidad de monumentos que tienen los Estados, incluso cuando las formas y funciones tradicionales de los monumentos son crecientemente desafiadas. A fines del siglo veinte, los monumentos nacen entonces resistiendo las premisas de su nacimiento. El monumento se ha transformado en un lugar de combate y pugna de significados. Algo más parecido a un sitio de conflicto cultural que de valores e ideales nacionales compartidos (Young, 2000: 93).

La reflexión de Achugar (en este volumen) se centra en el lugar del monumento como “objetivación de la memoria”, en los peligros de la indiferencia y en la realidad de las “contramemorias”. Más que ver al monumento como mensaje unívoco, consensuado y gestor de nuevos consensos, lo que se despliega es un escenario de luchas de sentido, de definición de distintos “nosotros” y de competencia entre distintas memorias.

Hablamos de espacios materiales que, por la acción de grupos humanos y por la reiteración de rituales conmemorativos en ellos, se convierten en vehículos para la memoria. No todos ellos son iguales o equivalentes, sin embargo. Están los espacios físicos en los cuales ocurrieron acontecimientos y prácticas represivas del

sistemática y planificada, llevada a cabo por jóvenes cercanos a las Madres.

pasado reciente –campos de detención, lugares donde ocurrieron matanzas, edificios donde actores socio-políticos del pasado fueron reprimidos. Estos espacios se convierten en lugares de luchas entre quienes intentan transformar su uso y de esa manera (o para) borrar las marcas identificatorias que revelan ese pasado, y otros actores sociales que promueven iniciativas para establecer inscripciones o marcas que los conviertan en “vehículos” de memorias, en lugares cargados de sentidos. Villa Grimaldi transformada en el Parque de la Paz en Santiago (analizado por Lazzara) es un claro caso de este tipo de iniciativa. También lo son las iniciativas que se desarrollan en Buenos Aires por recuperar el edificio de la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), donde funcionó el más conocido centro clandestino de detención durante la dictadura militar o las excavaciones arqueológicas que se están desarrollando en lo que fuera “El Atlético”, campo clandestino de detención en el centro de la ciudad (Memoria Abierta, 2002). O, en otro plano y de otra manera, las luchas por recuperar el predio donde funcionó el edificio de la UNE en Río de Janeiro, analizado por Langland.

El penal/Shopping

Hugo Achugar⁷

La lucha en torno al legado de la dictadura y el intento de administración de la memoria pública por parte del Estado uruguayo tuvo un hito fundamental en 1989 en ocasión de la campaña en torno al referéndum contra la llamada “Ley de caducidad de la capacidad punitiva del Estado”. Simultáneamente con la lucha por el referéndum se procesó el cierre del antiguo Penal de Punta Carretas –penal del que en 1921 se habían fugado un grupo de anarquistas y del que en 1971 se fugaron más de cien tupamaros— y se comenzó el proyecto de su transformación en el actual Punta Carretas Shopping Center. Obviamente, el debate en torno al referéndum relegó a un segundo término la discusión sobre el futuro del Penal de Punta Carretas, que sólo pareció interesar a los vecinos del barrio, a algunos de los antiguos presos políticos, a los inversores del proyectado Shopping y al gobierno del presidente Sanguinetti...

⁶ La preocupación de este movimiento es que los monumentos tradicionales en realidad promueven el olvido público, tranquilizando las ansiedades de la memoria activa y reemplazándola por un objeto que luego se vuelve indiferente.

⁷ Tomado de “Territorios y memorias versus lógica del mercado (a propósito de cartografías y shopping malls)”, <http://acd.ufrj.br/pacc/artelatina/hugo.html>

El debate se organizó en torno a dos líneas de argumentación: por un lado, la necesidad de rescatar un predio que luego de servir durante ochenta años como Penal poseía, a fines de 1989, un valor inmobiliario varias veces millonario. Por otro lado, el debate en torno al destino o a la función de la mencionada construcción arquitectónica. Este segundo aspecto, aun cuando estaba relacionado con temas como el patrimonio arquitectónico, la necesidad de espacios educativos y culturales así como de viviendas para los “sin techo”, de hecho se relacionaba con un debate sobre la memoria pública. O mejor sobre la “fractura de la memoria” que la dictadura supuso e impuso en la sociedad uruguaya.

Entre comienzos de 1989 cuando se inicia la discusión del proyecto de transformación del Penal de Punta Carretas y el 14 de julio de 1994 cuando se inaugura el Punta Carretas Shopping Center se produce la instalación y consolidación del discurso hegemónico reordenador de la memoria pública en la sociedad uruguaya. Este discurso representa al país como una comunidad democrática y sin mayores violencias, y se articula a un proyecto económico que proyecta transformar a Uruguay en un país de servicios... En el marco del proyecto de un Uruguay moderno que busca su nueva función histórica en el proceso de integración del MERCOSUR, el discurso hegemónico promueve una versión edénica del país. El Punta Carretas Shopping forma parte de esa edenización del país a la que aspira el discurso modernizador y “pacificador” al presentarse como un espacio “seguro” en que la antigua violencia ha sido erradicada.

Sin embargo, y a diferencia de los otros centros comerciales de Montevideo y del resto del país, Punta Carretas representa un escenario particularmente elocuente de eliminación de la violencia tanto política como de los delincuentes comunes y su sustitución por la ordenada y legitimada violencia del mercado. Un escenario donde la historia ha sido borrada, demolida o reconstruida de un modo eficiente, o al menos favorable a los designios del discurso hegemónico...

Quizás hoy el Punta Carretas Shopping, más que un espacio seguro sea una metáfora. Un espacio metafórico donde la memoria ha sido demolida parcialmente, pues a pesar del poder que lo sostiene y de la resistencia vencida, no se ha terminado de borrar, y como decía uno de los arquitectos, se trata de un “*mall* de presidiarios”. En ese sentido, la cita posmoderna que los arquitectos del Punta Carretas Shopping hacen de las *Carceri* de Piranesi revela el carácter de palimpsesto de este lugar de memoria. Pues si bien este Shopping es un involuntario lugar de memoria en el que se celebra la voz del poder que lo hizo posible, también registra la huella de una resistencia que aun cuando aparezca vencida por la lógica del mercado se constituye como una imposibilidad de que la gangrena del OLVIDO cubra la totalidad del discurso.

En segundo lugar, están los intentos de honrar y conmemorar los eventos y actores del pasado, con iniciativas de establecer monumentos, dar nombre a calles y plazas, construir memoriales y museos, no necesariamente en los lugares físicos en los que ocurrieron los eventos aludidos –aunque es común que se busque alguna asociación especial entre el lugar de la memorialización y el acontecimiento al que

se hace referencia. El debate sobre el lugar donde emplazar el monumento a Salvador Allende en Santiago, la elección del lugar donde emplazar el monumento *Tortura Nunca Mais* en Recife, o la elección del río como lugar simbólico para el Parque de la Memoria en Buenos Aires, son claros casos donde la territorialidad y los sentidos simbólicos y los usos potenciales ingresan de manera explícita en los proyectos de quienes intentan dar forma a un homenaje o conmemoración.⁸

Que la memoria esté inscrita en un lugar específico y con un sentido unívoco, o que haya multiplicidad de niveles y capas de sentidos para diferentes públicos y actores (como ocurre con la Plaza de Mayo), no niega un funcionamiento más dinámico y movable de la territorialidad de las memorias. La territorialidad puede no ser un “lugar” físico específico, sino –como muestra Mombello en Neuquén— un trayecto, un itinerario, una manera de enunciar y denunciar, plasmados en una práctica territorializada. De origen religioso y ligada al papel protagónico que en el proceso histórico ha tenido el Obispo de Neuquén, la marcha que recorre y marca lugares recuperando la peregrinación y las “paradas” de las prácticas populares católicas –más que cada lugar en si mismo— se convierte en la manifestación, siempre renovada, de una doble memoria: la de los acontecimientos que se quieren recordar, y la de la marcha y el recorrido mismo, con su carga de práctica anclada y de acción colectiva recreadora de comunidad y de identidad colectiva.

Es que una vez que un lugar se convierte en convocante, el juego de memorias sobre memorias se torna central. La Plaza de Mayo recuerda la represión que ocurrió en distintos lugares del país (y quizás para muchos se ha tornado un lugar de memoria “ejemplar” y universal), pero también es memoria de la propia Plaza de Mayo –tanto de las violencias que ocurrieron allí como de la sucesión de protestas y marchas en las que cada uno de quienes se juntan allí participó- o que se transmiten de los “viejos” a los “nuevos” partícipes de la comunidad que se gesta

⁸ Un interesante análisis comparativo de tres lugares en Santiago se encuentra en Richard,

en la propia acción. A su vez, las marcas o prácticas establecidas en un lugar se pueden transportar a otros espacios, inclusive a otros países o ciudades. Hay marchas de Madres en muchas plazas en ciudades y pueblos del interior de Argentina, y también en muchas ciudades del mundo. Y hay procesos de generalización de sentidos ligados a pasados dolorosos y represivos que se comunican y equiparan en el mundo entero, de Camboya a Guatemala, pasando por África del Sur, Ruanda, Alemania y el Cono Sur.

Este planteo de los tipos de lugares de memoria y la complejidad y multiplicidad de capas y niveles de análisis, implica la necesidad de incorporar la noción de escala. Las marcas territoriales son, por su propia naturaleza, locales y localizadas. Están en un espacio delimitado y específico. Sin embargo, sus sentidos son de distinta escala y alcance, tanto en lo que hace a los emprendedores que lo proponen y luchan como para los “otros” –otros coetáneos o de generaciones y tiempos posteriores. Así, el monumento *Tortura Nunca Mais* en Recife tenía incorporada una vocación universal, rechazando la tortura en todas sus formas y todos los lugares, desde su propia concepción y diseño.⁹ En otros casos, lo que comienza siendo algo muy local, que afecta e involucra a grupos específicos en espacios comunales, cobra sentido para otros muy lejanos, a través de complejos procesos de identificación y de reconocimiento. En esto, sin duda, tienen un papel importante los medios de comunicación, la ficción cinematográfica, el turismo cultural y otra multiplicidad de canales que permiten identificaciones, acercamientos y rechazos virtuales.

Este eje de negociación y conflicto –entre víctimas “directas” y sociedades más amplias, entre espacios y lugares concretos y “literales” y sentidos “ejemplares”

2001.

⁹ El memorial de Hiroshima, ¿es un homenaje a los residentes de la ciudad que fueron víctimas de la bomba atómica? ¿O es un memorial con un sentido universal de “nunca más” o de exhortación a la paz? (Yoneyama, 1999). Igualmente, Huyssen sostiene que el Holocausto se ha convertido en un “tropos universal” (Huyssen, 2000).

(Todorov, 1998)— está en el corazón de la relación entre memoria e identidad de grupos y actores sociales, estableciendo cuán amplio o limitado va a ser definido el “nosotros” que rememora y conmemora. Como ya fue dicho y vale la pena reiterar, aunque se quiera cristalizar en la piedra o en la ruina preservada, aunque la materialidad de la marca se mantenga en el tiempo, no hay ninguna garantía de que el sentido del lugar se mantenga inalterado en el tiempo y para diferentes actores. Siempre queda abierto, sujeto a nuevas interpretaciones y resignificaciones, a otras apropiaciones, a olvidos y silencios, a una incorporación rutinaria o aun indiferente en el espacio cotidiano, a un futuro abierto para nuevas enunciaciones y nuevos sentidos.

Esta apertura del sentido de las marcas territoriales en el espacio público, sin embargo, no es azarosa, sino que sigue ciertas reglas, ligadas a discursos hegemónicos, luchas ideológicas y proyectos políticos. El trabajo de Portelli, que trae a este volumen un caso referido a otra historia de represión y violencia —el nazismo y el fascismo en Italia—, sirve claramente para mostrar el lugar de las luchas ideológicas y políticas en la construcción de sentidos del pasado y de los diversos lugares de enunciación.

Referencias bibliográficas

Agamben, Giorgio (2000): *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia: Pre-Textos.

Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (comps.) (2000), *Los archivos de la represión: Documentos, memoria, verdad*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Gillis, John R. (ed.) (1994): *Commemorations. The Politics of National Identity*, New Jersey: Princeton University Press.

Huysen, Andreas (2000): "En busca del tiempo futuro", *Puentes*, año 1, núm 2, diciembre.

Jelin, Elizabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*, Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Jelin, Elizabeth (comp.) (2002): *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "infelices"*, Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Levi, Primo (1989): *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: Muchnik.

Lorenz, Federico (2002), "¿De quién es el 24 de Marzo? Las luchas por la memoria del golpe de 1976", en Jelin, Elizabeth (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "infelices"*, Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Memoria Abierta (2002), *Recorrido por los sitios de memoria del terrorismo de Estado*, Buenos Aires: Memoria Abierta.

Nora, Pierre (dir.) (1984-1992): *Les Lieux de Mémoire* (7 vols.), París: Gallimard.

Passerini, Luisa (1992): "Introduction", en Passerini, Luisa (comp.), *Memory and Totalitarianism*, Oxford: Oxford University Press.

Richard, Nelly (2001): "Sitios de la memoria, vaciamiento del recuerdo", *Revista de crítica cultural*, núm. 23, noviembre.

Sigal, Silvia (1999), "Las Plazas de Mayo", en Altamirano, Carlos (comp.), *La Argentina en el Siglo XX*, Buenos Aires: Ariel.

Sturken, Marita (1997): *Tangled Memories. The Vietnam War, the AIDS Epidemic, and the Politics of Remembering*, Berkeley/Londres: University of California Press.

Todorov, Tzvetan (1998): *Les abus de la mémoire*, París: Arléa.

Van Alphen, Ernst (1997): *Caught by history. Holocaust effects in contemporary art, literature and theory*, Stanford: Stanford University Press.

Yoneyama, Lisa (1999): *Hiroshima Traces. Time, Space and the Dialectics of Memory*. Berkeley: California University Press.

Young, James (2000): "Cuando las piedras hablan", *Puentes*, Año 1, N° 1, agosto.